—¡Desaparecido! ¿Qué quiere usted decir?

—No la hemos visto desde ayer por la mañana y como no sabemos á dónde fué ni dónde está, creímos lo más acertado telegrafiarle á Vd. que volviese.

—Pero es que no comprendo... ¿En qué dirección salió?

—Tomó un tren en la estación del Este.

—Habrá pasado la noche en casa de alguna amiga...

—¡Oh, no! continuó la señora Melvil. Lucy no es para ir de visita por más de un día á casa de nadie sin llevar ni un saco de mano, ni más ropa que la puesta.

—¿Y el empresario?

—Ha estado aquí hace poco. Nada sabe. ¡Oh, señor Bourchier! Temo que le haya ocurrido algún percance grave, ó que alguien la retenga por fuerza, sabe Dios con qué fin.

—¡Imposible! dijo Alain.

Sin embargo, el mismo temor empezó á apoderarse de él. Oyó cuantos detalles le daban, interrogó él mismo al cochero, y á la vez que aprobaba la resolución de Josefina de llamarlo á toda prisa, no se decidía á tomar medidas eficaces para descubrir el paradero de su esposa, esperando que la situación se resolviese naturalmente y por sí misma de un momento á otro. Para explicarlo todo bastaría un telegrama mal dirigido, un mensaje no entregado, una carta extraviada.

Hasta entonces Josefina sólo había dicho algunas palabras para confirmar los detalles dados por la señora Melvil. Su hermano, después de reflexionar un rato, se volvió hacia ella y vió que Josefina lo contemplaba con expresión de profunda lástima, procurando cobrar ánimos para cumplir el deber que las circunstancias le imponían. No había dicho una sola palabra de ello á la señora Melvil, pero estaba segura de que Lucy se hallaba en compañía de Daniel.

—¿Qué piensas tú de esto, Josefina? le preguntó Alain.

Tenía que decirle la verdad y palideció al pensarlo.

—Alain, quisiera hablar contigo un momento á solas.

—Bien. No se moleste usted, dijo al ver que la señora Melvil se preparaba á retirarse. Pasaremos á la habitación próxima.

Y condujo á su hermana al comedor

Empezaba á sentirse algo cansado y tomó asiento. Josefina se arrodilló á su lado, le rodeó el cuello con los brazos y Alain la oyó sollozar

—Pobre niña, le dijo acariciando sus cabellos; olvido que tú tienes también tus penas. Dime qué ocurre y sé breve, porque el tiempo pasa y necesito resolver.

—Alain, repuso su hermana tomándole las manos, me afligen tus propias desgracias, no las mías. No me aborrezcas cuando te haya dicho lo que sé.

Alain tembló. Comprendía que iba á oir una revelación grave, terrible quizás, y no se atrevía ni á pensar en ello. Josefina vió aquel temor reflejado en sus ojos.

—¡Oh, Alain! exclamó sin poder contenerse. ¡Lucy se ha fugado, se ha ido para siempre, con ese miserable, con mi marido!

CAPÍTULO XXI

La celada

En la estación del Este, Lucy despidió el carruaje y tomó un billete de ida y vuelta de primera clase para Belden. Obtuvo los informes necesarios sobre cambio de trenes y llegó sin tropiezo á su destino, preguntándose al recorrer el camino que conducía al pueblecillo si habría hecho bien ó mal en emprender aquella aventura. Pero ya era tarde para retroceder y deseaba ver otra vez á Manders y oir las explicaciones que pudiera ó quisiera darle sobre su extraño cambio de nombre, para deducir si estaba representando una comedia ó si era en realidad miembro de la familia de su esposo. En todos los informes que

ella poseía sobre la personalidad y vida anterior de aquel hombre podían ser útiles á Josefina, que tanto anhelaba separarse definitivamente de su cruel esposo. Animada, pues, con la esperanza de realizar ambos propósitos, tomó con resuelto paso el camino que le había indicado la carta.

Era un hermoso día de primavera, casi de verano y el paseo un verdadero placer para Lucy. Negóse desde luego á tomar el único carricoche que esperaba en la estación y recorrió el camino hasta Belden. La tranquilidad de aquel apacible lugarejo acabó de disipar sus recelos y prosiguió con confianza su camino, esperando ver á Manders de un momento á otro. Cuando hubo dejado atrás las últimas casas del pueblo, contempló extasiada la campiña bañada por el sol, respiró con delicia aquel aire puro y reunió en un ramo muchas y muy vistosas flores que crecían abundantes á los lados del sendero.

Jorge la esperaba á buena distancia de Belden y después de saludarla cortesmente le dijo:

—Ya ve usted cómo tenía yo razón al escribirle que no podía perderse.

—¿A dónde vamos? preguntó Lucy después de andar á su lado un corto trecho.

—A dos pasos de aquí. La casa está muy cerca.

A poco llegaron á uno de esos vallados formados por tablas de gran altura, que á pesar de su fealdad abundan mucho en los alrededores de Londres.

—Aquí es, dijo Manders abriendo la verja de entrada.

Lucy vaciló un momento. Decíase que para oir la confesión de un criminal, cómplice de un asesinato, hubiera sido más natural conducirla á uno de los más sórdidos barrios de Londres que á aquella casa, decente al parecer y situada en medio de tan alegres campos. Manders notó su indecisión y añadió:

—Aún ahora está usted á tiempo de volverse atrás. Lo tengo todo preparado, pero eso nada importa.

—¿Vive aquí el hombre de quien me habló usted?

—En este momento espera ahí; mañana habrá abandonado esa casa. Los amigos con quienes reside son gente respetable; la casa es pequeña y modesta, como lo verá usted cuando lleguemos á ella.

Lucy le miró. Manders golpeaba con la mayor indiferencia uno de los barrotes de la verja. La joven entró resueltamente y su ccompañante la siguió, cerrando con llave la verja tras ellos. Halláronce entonces en un jardín grande y muy mal cuidado; un sendero invadido por la hierba conducía á la casa, baja, pintada de blanco y pequeña, como lo había dicho Manders. El aspecto sucio, descuidado y desierto del edificio y sus alrededores más bien tranquilizó que alarmó á Lucy; tal morada le parecía muy propia del hombre á quien esperaba ver en ella.

Jorge nada dijo hasta que llegaron cerca de la casa. Allí se detuvo y preguntó:

—¿Quiere usted esperar un momento? Tengo que ver antes á los que habitan aquí y anunciarles nuestra llegada. De lo contrario se negarían á recibirla.

Nada de particular tenía aquella demanda en vista de las circunstancias y Lucy se avino desde luego, pero esperó con impaciencia. Manders abrió la puerta de entrada, entró y reapareció á los pocos momentos, cuidando de sacar la llave de la cerradura exterior y ponerla de la parte interior de la puerta.

—Pronto, entre usted, dijo á Lucy, dando muestras de alguna mayor agitación que hasta entonces.

Y la joven entró, en un pasillo cuyo olor á humedad le llamó la atención y después en una habitación situada á la izquierda, muy obscura, cuya puerta abrió Manders.

—¡Cómo! ¿están cerradas las persianas? exclamó éste. Voy á abrirlas en seguida.

Entonces le oyó Lucy cerrar de golpe, y después con llave, la puerta que daba paso á la única luz que entraba en la estancia. Oyó también la risa burlona de Manders y

comprendió instantáneamente que se hallaba prisionera, que había sido engañada y acababa de caer en un lazo indigno. Razón tenía Josefina al decir que aquel hombre era un miserable. Lucy se precipitó hacia la puerta, golpeándola con su cuerpo tan violentamente que estuvo á punto de caer al suelo. Extendió las manos, pero antes de poder dar un paso se sintió asida y apartada de allí, á pesar de su resistencia. Tropezando con varios muebles dirigióse al otro extremo de la habitación y oyó á Manders retirar la llave de la cerradura y probar si la puerta estaba bien cerrada. Después encendió aquél un fósforo y con él una vela, cuya luz fué inmenso consuelo para Lucy, aterrorizada, temerosa de todo, en la profunda obscuridad que antes reinaba.

Los ojos de Manders brillaban con expresión de triunfo. Seguía cerca de la puerta y Lucy se halló inmediata á la chimenea. La habitación era pequeña. A su derecha tenía una ventana, ó lo que parecía serlo, pues sobre ella habían clavado una alfombra plegada en varias dobleces y que cubría completamente el hueco de la ventana. A su izquierda una puerta de hojas corredizas daba entrada á otro cuarto. La joven comprendió inmediatamente que su enemigo había tomado todas las precauciones necesarias con astucia diabólica y que la amenazaba gravísimo peligro.

Aunque más fuerte que la mayoría de las mujeres, no podía luchar ventajosamente con un hombre vigoroso. ¿Gritar? Desde luego se dijo que el villano había tenido buen cuidado de llevarla á un lugar donde ni el mayor esfuerzo de su penetrante voz podía proporcionarle auxilio alguno. Lo mejor, pensó, era esperar hasta conocer las intenciones de aquel hombre.

—Señora Bourchier, dijo por fin éste, pido á usted perdón por mi conducta, que trataré de explicar muy pronto. Pero ante todo permítame usted encender esas otras velas que están sobre la repisa, detrás de usted.

Su acento era respetuoso y calmó en parte el más grave temor de Lucy. Apartóse de la chimenea y acercándose á la puerta trató de abrirla.

—No se canse usted, dijo Manders mientras encendía otra vela. Ayer tarde examiné cuidadosamente esa cerradura y respondo de ella.

Después abrió un armario y sacó algunas velas más, de lo cual se alegró infinito Lucy que temía ante todo la obscuridad á solas con aquel bandido. Sacó también una caja de cigarros puros, de los que tomó y encendió uno, y acercando una silla á la mesa invitó á Lucy á tomar asiento, como lo hizo él mismo.

—Tengo que hablar con usted, dijo.

La joven le miró con desprecio, sin pronunciar palabra, y Manders se echó á reir.

—Comprendo que esté usted furiosa, añadió, pero no me importa; he logrado traerla aquí y conmigo permanecerá mientras así me convenga. No se atemorice usted.

—No tengo temor alguno. Dígame usted qué significa esta villana acción.

—Pronto sabrá usted lo que quiero, pero empiece por sentarse. Ponga usted la mesa entre los dos, si gusta.

Lucy se sentó, poniendo su silla al lado opuesto de la mesa. Ante todo quería demostrarle que no tenía miedo.

—Me veo obligado á detenerla á usted aquí algunas horas porque tengo mucho que decirle. Por lo pronto bueno es saber que no hay una sola casa en un cuarto de milla á la redonda. Y ésta en que nos hallamos todo el mundo sabe que está desocupada, de modo que nadie pensará en interrumpirnos. La ventana, como ve usted, está perfectamente tapada con alfombras clavadas en el marco. Aún cuando le dejase á usted golpear en ella no conseguiría llamar la atención de nadie. Es usted mi prisionera, por el tiempo que bien me parezca.

—No lo crea usted, repuso Manders. ¿Quiere usted que

le diga dónde estará y qué hará mañana á estas horas mi simpático cuñado?

—Estará aquí, pidiéndole á usted estrecha cuenta de su conducta si se atreve á detenerme hasta entonces.

—Nada de eso. Al ver que se prolonga la ausencia de usted se alarmarán en su casa y llamarán á su marido. Este acudirá á toda prisa y Josefina, se encargará de enterarle de mi visita y le dirá cómo usted y yo somos amigos. Josefina es muy suspicaz y enviará á su hermano al hotel donde yo paraba, y allí le dirán todos que hoy mismo he salido para Niza, por la estación del Este y en compañía de otra persona. Figúrese usted lo furioso que se pondrá Alain y la prisa que se dará en tomar el primer tren para seguirnos. Después de registrar á Niza andará de ceca en meca por el continente y al cabo de quince días lo tendremos probablemente de vuelta en Inglaterra.

A Lucy se le oprimió el corazón al pensar en las precauciones que había tomado aquel hombre para conseguir tan inicuo resultado. Recordó también ciertas palabras de Josefina y comprendió entonces lo que significaban.

—Y á su regreso, continuó Manders, quizás descubra que usted ha estado pasando tranquilamente unos cuantos días en esta casa, con su antiguo admirador y amigo.

—Su venganza será completa.

—Por lo menos procurará tomarla y no seré yo quien le censure por ello. ¡Con decirle á usted que alquilé este retiro para instalar en él á cierta linda persona, que era conmigo mucho más cariñosa que la ingrata Josefina! Creo que en Belden no lo ignoran. Naturalmente, Alain empezará por querer pegarme un tiro, pero lo que es á usted le va á costar trabajo explicar y justificar su conducta, ante él y ante quien quiera que sea.

Lucy se sublevó al comprender toda la extensión de aquella bajeza.

—¡Y es usted, exclamó, dejando su asiento; usted, el hombre á quien mi padre y yo hemos tratado siempre

con tanta bondad, el que ahora intriga y maquina para perderme en la opinión de mi esposo! Si le queda á usted un átomo de dignidad, abra usted esas puertas y permítame retirarme.

—Libre estará usted cuando guste, tan luego haya oído lo que tengo que decirle y prometídome una sola cosa que deseo pedirle. Su suerte está en sus manos. ¿Quiere usted escucharme?

—Hable usted; déjeme apreciar hasta qué punto puede llegar la maldad de un hombre.

—¡Oh! confieso que soy capaz de todo. Pero siéntese usted y estará mejor.

—Prefiero seguir de pie.

—Como usted guste. Yo no tengo prisa ninguna y me propongo no decir palabra hasta que usted haya tomado asiento.

Era inútil insistir y la joven se sentó.

—Así me gusta, continuó Manders, fumando con delicia. Ahora oiga usted lo que deseo que haga. Es muy poca cosa, pero mientras usted no me prometa hacerlo, seguiremos aquí haciéndonos compañía.

—Supongo que desea mi cooperación para seguir manteniendo su impostura.

—Algo de eso hay. Un día me convino decir y hacer creer que me llamaba Daniel Bourchier y todos lo han creído así durante tres años. Bajo ese nombre conquisté el amor de Josefina, á quien dije que era yo el heredero de la Casa Roja y podía echarlos á todos de allí cuando bien me pareciese. Buen plan ¿eh?

Lucy nada dijo. La asustaba aquel cinismo.

—Pues bien, como usted sabe todo lo que me concierne y supongo que estará ya deseando ir á contarle á su marido y á todo el mundo que yo no soy tal Bourchier sino hijo del pobre y honrado Manders y de su buena mujer, he tenido que evitar encontrarme con usted mientras me

ha sido posible. Buscando á Josefina tropecé con usted. Culpa mía fué.

—¿De modo que todas las razones que usted me ha dado para hacerme venir aquí es pura novela?

—Pero bien imaginada ¿verdad? Sólo á un yankee se le ocurre semejante estratagema.

—Prosiga usted, repuso Lucy.

—Poco queda que decir. Tengo interés en que todo siga como está por un mes más. Nada me importa lo que suceda después y usted podrá decirle á todo el mundo que Daniel Bourchier es Jorge Manders. Júreme usted guardar silencio por un mes y le entrego las llaves, toma usted el primer tren y se halla en Londres á las cinco de la tarde.

—¿Y si no acepto? preguntó Lucy con desdén.

Manders se sonrió y sacudió la ceniza de su cigarro.

—No hay alternativa, dijo. Tiene usted que aceptar y jurarlo antes de salir de aquí. Es cuestión de tiempo. Con que lo mejor es dar pruebas de sensatez y avenirse á ello desde luego, antes de que el pobre Alain emprenda el viaje á Francia en busca de su mujer.

—No haré nunca semejante promesa, nunca. Muy perversos fines debe tener de usted cuando tanto trabajo se ha tomado para lograr mi silencio. Es usted un impostor, y á lo que sospecho también un asesino. Déjeme usted salir de aquí.

—Piénselo usted un poco, dijo Manders reclinando la silla contra la pared. Hasta ahora nada se ha perdido y puede usted hallarse en su casa dentro de un par de horas. Pero si pierde más tiempo será ya tarde para evitar las hablillas y el escándalo.

En lugar de contestar, Lucy examinó atentamente la habitación, convenciéndose muy pronto de que la fuga era imposible. Se levantó y procuró abrir la puerta de la habitación inmediata. Estaba cerrada con llave. Manders, silencioso, la observaba.

—¿Y bien, preguntó por fin, ha reflexionado usted?

Lucy estaba convencida de su carcelero tenía un plan diabólico, del que resultaría gravísimo perjuicio para la familia de su esposo. Naturalmente le creía ya capaz de todas las infamias, y comprendía cuán imposible, cuán criminal sería por su parte aquel silencio de un mes, durante el cual Manders realizaría sin obstáculo sus pérfidos designios, la ruina y la desgracia quizás de Alain, de Josefina, del padre de ambos, de todos, en fin. Su consentimiento era imposible y puesto que se trataba de una lucha de tenacidad, se propuso demostrar á Manders que poseía tanta fuerza de voluntad como él. Miróle, pues, frente á frente, y le dijo con firme acento:

—Jamás haré tal promesa. Aquí permaneceré hasta que me rescaten, pero nada obtendrá usted de mí.

Manders prorrumpió en una blasfemia.

—Esa obstinación le costará á usted cara, dijo. Seguirá usted siendo mi prisionera hasta que me jure guardarme el secreto por un mes. Tarde ó temprano tendrá usted que ceder.

Lucy nada contestó. Consultando su reloj vió que eran cerca de las tres de la tarde. Pensó que su poderosa voz podría llegar hasta el camino y llamar la atención de la primera persona que allí pasase. Haciendo, pues, un supremo esfuerzo, lanzó gritos agudísimos, penetrantes, hasta que falta de aliento se dejó caer en su silla y esperó. Manders se echó á reir y encendió otro cigarro. Indudablemente contaba con aquella desesperada tentativa de su víctima.

—De nada le servirá gritar. dijo. A buen seguro que nadie la oira á usted aunque esté dando voces todo el sandía.

Aquella tranquilidad de su verdugo le probó que era inútil pedir auxilio á gritos y que aquél había tomado bien sus precauciones.

Siguieron tres mortales horas de absoluto silencio. A

Lucy le parecía aquello un sueño horrible. Eran más de las seis y se figuraba á Josefina y la señora Melvil admiradas de su ausencia, pensando en telegrafiar á su marido. La idea de que éste pudiera creerla culpable la volvía loca y si en aquel momento hubiese tenido un arma á mano no hubiera vacilado un momento en matar al miserable.

Manders seguía sentado en la misma silla, fumando continuamente. El humo viciaba el aire ya escaso de aquella reducida habitación, sólo ventilada por la chimenea y sin más aberturas que las junturas de las puertas. A ratos leía ó fingía leer una novela, de las que había varias sobre los muebles, pero sin dejar de vigilar á su prisionera. A las seis y media se levantó.

—¿Sigue usted negándose? preguntó. Pues pasaremos aquí algunos días. Siento ser poco galante y no invitarla á comer, pero la verdad es que si los sitiadores compartiesen sus provisiones con los sitiados las fortalezas no se rendirían nunca.

Al decir esto abrió el armario que quedaba detrás de su asiento y sacó algunos comestibles y una botella de brandy. Comió con apetito y volvió á guardar los restos de su comida, dejando sobre la mesa la botella de licor.

Entonces comprendió Lucy que quería obligarla á ceder por hambre, y como no sentía el menor apetito no se alarmó gran cosa.

—No tengo inconveniente, prosiguió Manders, en proporcionarle á usted toda la comodidad posible siempre que con ello no me perjudique. Su compañía no es muy divertida que digamos, de modo que puede usted pasar á la habitación próxima si bien le parece.

Abrió la puerta inmediata á Lucy, puso una vela encendida sobre la mesa y continuó:

—Puede usted llevar esa luz al otro cuarto y permanecer allí hasta que se canse, pero dejando la puerta abierta para que yo la vigile y pueda saber lo que hace siempre

que me parezca. Si renueva usted sus tentativas ó se acerca á la ventana iré yo á ese cuarto ó vendrá usted á éste.

Lucy acogió con avidez aquella oportunidad de librarse de su compañía y tomando la vela pasó á la otra pieza. Estaba amueblada como gabinete y como alcoba á la vez y tenía la ventana cubierta con alfombras clavadas en su marco, como las del otro cuarto. En el fondo había una puerta, cerrada sin duda, contra la cual había puesto Manders una cómoda para mayor seguridad. Lucy sabía que si se acercaba á la ventana ó á la puerta Manders la vería y acudiría; pero también era gran ventaja la de permanecer tranquilamente en un ángulo de aquella alcoba, oculta á las miradas de su perseguidor y entregada por completo á sus tristes pensamientos. Allí podía dejar correr las lágrimas que se agolpaban á sus ojos y que había logrado contener hasta entonces. Podía también orar y pedir al cielo que guiase á sus amigos al pueblo de Belden, donde muchos la habían visto pasar en pleno día, descubierto el rostro, y podían dar informes que quizás encaminasen acertadamente los pasos de sus salvadores. Contaba poder resistir mucho tiempo todavía.

En aquella alcoba había un lavabo y se atrevió á echar un poco de agua en la palangana y bañar en ella su rostro, temiendo á cada momento ver aparecer á Manders; pero éste no dejó su silla y Lucy volvió á su puesto resuelta á pasar lo más tranquilamente posible aquellas larguísimas horas, que parecían transcurrir con mortal lentitud. Dió cuerda á su reloj cuidadosamente, para poder llevar cuenta del tiempo pasado en aquella perpetua noche. No había probado bocado desde el almuerzo, doce horas antes, y bebió una corta cantidad del agua nada fresca contenida en el jarro del lavabo, para calmar su ardiente sed. Sabía que Manders continuaba fumando y suponía que bebiendo también á juzgar por el ruido de vasos que á ratos oía; y se le ocurrió que si siguiese bebiendo caería en

un estupor que quizás le proporcionase la única posibilidad que entreveía de recobrar la libertad, suponiendo que otros no acudiesen en su auxilio.

La vela estaba casi consumida y temió quedarse á obscuras y dormirse quizás. Hizo, pues, un esfuerzo y pasó resueltamente al otro cuarto.

—¡Hola! exclamó Manders apenas la vió. ¿Va usted á mostrarse un poco más razonable?

—Deme usted otra vela, dijo Lucy imperiosamente.

—Tome usted todas las que quiera, repuso él, echando varias sobre la mesa.

La joven tomó dos y dirigiendo una mirada al rostro de Manders vió que si bien no estaba completamente ebrio, sus negros ojos brillaban con una expresión que la llenó de pavor y que la hizo desear más que nunca la posesión de un arma cualquiera para defenderse. Al retirarse comprendió que aquellos ojos la seguían, clavados en ella. ¿Qué sucedería si cediese al sueño y al cansancio? No obstante su valor y energía tembló al pensar en ello.

¿Convendría más ceder y prometer lo que él quería? Nunca, ó por lo menos, no lo haría mientras no se viese reducida al último extremo. ¿Haría aquella promesa, proponiéndose faltar á ella tan luego estuviese libre? ¿Lo justificarían las circunstancias? No, una promesa equivalía para Lucy Bourchier el más sagrado juramento. ¡Oh, si Alain estuviese allí! Imaginábase su furor, la fuerza irresistible con que castigaría á su cobarde verdugo. Pero lejos de eso, lo suponía saliendo desesperado de Inglaterra, en siguimiento de una falta pista.

Llegó la medianoche. Empezó á sentir hambre y aunque temerosa de que aquel nuevo tormento la hiciese sucumbir al cabo, se dijo que todavía podría resistir mucho tiempo. Tomó algunos sorbos más de agua y al volverse vió que Manders había entrado en su cuarto y la contemplaba con expresión siniestra. Su corazón se oprimió, pero le hizo frente resueltamente.

—Me parece muy tonto esto de seguir solo cuando puedo procurarme tan buena compañía, dijo medio ebrio y expresándose con dificultad. Venga usted conmigo.

—Prefiero quedarme aquí.

—Pues entonces aquí me quedaré yo también. Que me emplumen si no lo hago. Las buenas mozas como usted no abundan, á fe mía.

Lucy salió de la alcoba sin decir palabra y volvió á sentarse en la silla que antes había ocupado en el otro cuarto. Obedeciendo á un imperioso ademán de la joven, Manders tomó asiento al otro lado de la mesa, llenó otra vez su vaso y mirándola dijo:

—Ahora sí que vamos á pasarlo bien. No puedo estar separado de una mujer tan hermosa como usted. ¡Cuidado que tengo suerte! Una chica preciosa que se empeña en acompañarme...

Iba á levantarse. Lucy le dirigió una mirada tal, tan llena de angustia, de dolor, desprecio y cólera, que el miserable se detuvo. Por lo pronto había triunfado la joven, pero ¿cuánto tiempo duraría aquel triunfo? Manders vació su vaso blasfemando y volvió á llenarlo.

Aquel beber sin tregua acrecentó el temor de Lucy. Comprendía que algunos tragos más le harían perder la razón casi por completo y que entonces sería tarde aun para hacerle todas las promesas que quisiese. ¿Qué sería de ella, encerrada y á solas con aquel bandido, suficientemente excitado por la bebida para intentar el último crimen y al propio tiempo bastante dueño de sí mismo para ejecutarlo? La botella de brandy era de gran tamaño; Lucy tomó una resolución instantánea; inclinándose sobre la mesa, lanzó de un vigoroso golpe botella y vaso contra la pared, haciéndolos mil pedazos.

Manders se puso de pie de un salto y le dirigió una andanada de insultos y maldiciones. Después cogió del suelo el fondo de la botella, esperando hallar en ella un resto de licor, pero la obra de destrucción había sido completa. El

olor del alcohol derramado en el suelo era insoportable para Lucy, que por un momento temió desvanecerse.

Su enemigo parecía dispuesto á lanzarse sobre ella, y le dirigía crueles insultos y miradas terribles. Sin embargo, al cabo de unos instantes volvió á su silla y continuó fumando por espacio de media hora.

—Después de todo, dijo, es lo mejor que podía sucederme. Se cree usted muy lista y ha hecho una tontería. Ahora podré vigilarla como es debido y en cambio usted tendrá que rendirse á discreción, mañana á estas horas á más tardar. Y cuando llegue el momento de pedirme de rodillas un pedazo de pan, tendrá usted que pagarlo á muy alto precio.

—Mañana á estas horas estaré libre y mucho antes también. En mi casa saben á dónde he venido.

Manders lanzó una carcajada.

—Falso, repuso. De ser así me lo hubiera dicho usted mucho antes. Los dos nos hemos ido juntitos camino de Niza y mi querido Alain saldrá mañana por la noche con igual destino .

Así pasaron las horas de aquella noche interminable. Verdugo y víctima se vigilaban mutuamente, y aunque Manders habló con frecuencia, Lucy no volvió á despegar los labios. Dos veces durante la noche pasó á la alcoba para tomar algunos sorbos de agua, temiendo siempre que Manders la privara de aquel único consuelo. Pero no fué así, á pesar de su crueldad. En cuanto á él no se escaseó las provisiones de la despensa, burlándose de su desfallecida prisionera.

Llegó el día, dieron las nueve, las diez, las once y la mente de Lucy comenzó á divagar. Parecíale estar soñando. El olor nauseabundo y la pesada atmósfera del cuarto, aquellas velas siempre encendidas y sin cesar renovadas ¿era posible que fuera de aquellas tapadas ventanas brillase el sol en todo su esplendor, cantasen los pájaros y se extendiesen los campos esmaltados de flores? Hubo

un momento en que estuvo próxima á desmayarse, pero haciendo un esfuerzo se levantó y dió algunos pasos. Tenía que permanecer despierta y luchar hasta la noche; sabía que entonces le sería imposible continuar resistiéndose y que si no su voluntad, su cuerpo cedería sin remedio.

¡Pensar que era de día, que á poca distancia de ella pasaban quizás otras personas, ignorantes de su presencia y de su desgracia! Gritó, pero desde luego comprendió que su voz no era más que un eco de la que tenía la víspera y que si entonces no la oyeron menos podrían oirla ahora. Olvidándose de su odioso compañero se dejó caer en una silla, cubierto el rostro con las manos.

—¿Cederá usted? le preguntó Manders inclinándose sobre la mesa.

—¡Nunca!

El miserable consultó su reloj. Era mediodía.

—Me va cansando esta farsa, dijo, y por mi parte no quiero prolongarla mucho. Si dentro de algunas horas sigue usted en sus trece y no me jura cerrar la boca, se la cerraré yo para siempre. Suya será la culpa si me obliga á emplear este último argumento.

Al decir esto sacó del bolsillo un revólver, que puso sobre la mesa al alcance de su mano.

CAPÍTULO XXII

En busca de Lucy

Cuando Alain oyó aquellas inesperadas palabras de Josefina, la creyó loca. No de otra manera podía él explicarse que uniera el nombre de Lucy con el de su malvado esposo.

Sin embargo, no tardó en comprender que Josefina estaba tan en su juicio como él, y á la sorpresa sucedió la